

IRMA ARRIAGADA¹

En este breve texto se quiere destacar algunas tendencias generales de la situación de las mujeres en relación con la familia, el trabajo y la pobreza cuando se está ingresando a un nuevo siglo. Llama la atención la ambivalencia en la posición de las mujeres, en especial en el ámbito laboral y familiar, que son elementos centrales que definen sus posibilidades de participación. En todas las áreas se aprecia la permanente paradoja entre los aportes económicos y familiares de las mujeres y las grandes carencias en participación y representación de sus intereses. Esta contradicción queda más en evidencia en relación con las graves trabas para traducir las demandas de las mujeres en políticas efectivas de Estado que mejoren su condición y tiendan a modificar el sistema de género en el plano cultural.

Es posible observar que a medida que la condición de las mujeres mejora, ese espacio se desvaloriza. En lo que se refiere a la participación laboral femenina, por ejemplo, en la medida que las ocupaciones se «feminizan», es decir, una mayor proporción de mujeres que de hombres ingresa a ellas, disminuyen los ingresos que generan y el prestigio asociado a su desempeño. En relación con media década atrás se mantiene la distancia respecto de los ingresos y el rango de ocupaciones desempeñadas por los hombres. Es decir, que la discriminación se reconstruye en un punto distinto a medida que el mejoramiento de la posición de las mujeres rompe el equilibrio entre géneros. Cambia el punto donde se establece esa desigualdad y se abren nuevos espacios de desigualdad en la participación social y política, en el empleo y la seguridad social y en el ámbito familiar.

El mercado laboral ofrece ventajas y espacios de libertad a las mujeres, quienes iniciaron la lucha por entrar en él y ahora están luchando por ampliar ese espacio, disminuyendo los efectos de discriminación y segmentación, al mismo tiempo que la flexibilidad laboral recrea nuevas formas de exclusión y segregación. La estructura y organización familiar en cambio, son áreas no bien cubiertas por la investigación, donde es factible encontrar fuertes negociaciones frente a los importantes cambios de vida de las mujeres y en las tensiones que su doble papel de trabajadora y

LATINOAMERICANAS A FIN DE SIGLO: FAMILIA Y TRABAJO

dueña de casa impone sobre su tiempo, su capacidad física y su calidad de vida. No deben olvidarse además, los impactos que los cambios en el plano del trabajo acarrearán sobre las familias y sus jerarquías internas. Hay modificación de los «saberes» y los «poderes» al interior de la familia, que han sido menos estudiados. Aunque es dable suponer que el rol de las mujeres en la familia sigue siendo central como puente hacia los nuevos roles y de ruptura de viejos patrones de sumisión.

El significado de las modalidades de participación y de exclusión depende de los ámbitos donde se producen y el significado atribuido por los actores, así las discriminaciones son percibidas también subjetivamente. ¿Cómo viven las mujeres la situación de desigualdad y los cambios en términos de negociación, resistencia, enfrentamiento y también «resignación» en los espacios laborales y familiares?

En este plano, cabe distinguir la situación de las viejas y las nuevas generaciones. ¿Parten las más jóvenes de un «piso» más alto en sus negociaciones? La negación de las nuevas y sutiles formas de las discriminaciones por parte de las más jóvenes, aliada con el creciente individualismo y la exaltación de una aparente igualdad propia de los sistemas más modernos, obstaculiza el cambio de las estructuras de género al hacer invisibles en la conciencia subjetiva los nuevos aspectos de subordinación. Sin embargo, también portan como generación mejores oportunidades educacionales, ocupacionales y un nuevo enfoque hacia la familia.

EL CONTEXTO ACTUAL

A partir de la crisis de la deuda se inicia la aplicación de las denominadas políticas de ajuste, tendientes a preparar a las economías latinoamericanas para su inserción en el nuevo modelo internacional globalizado que se sustenta como única alternativa de desarrollo. Es así como entre los rasgos más definitorios de la

¹ Las expresiones vertidas son de la exclusiva responsabilidad de la autora y no compromete a la institución en la que trabaja. Se agradecen los aportes sustantivos de Rosa Bravo y los pertinentes comentarios de Lorena Godoy a este texto, en el entendido que las deficiencias que persistan son atribuibles a la autora.

situación actual se cuenta la creciente integración al mercado internacional, regional y subregional, a las corrientes de capital, a la información y a la innovación tecnológica.

El papel que para el Estado define el nuevo modelo significa una disminución del gasto social con las consecuentes repercusiones para los estratos más pobres de la población. Además, para el Estado se define una menor intervención en los mercados y el desarrollo de nuevas funciones de carácter regulador. De esta forma el actual Estado latinoamericano ha ido modificándose debiendo enfrentar varios desafíos, entre ellos asegurar la gobernabilidad por medio de una regulación clara de los conflictos, redefinir sus propias funciones de acuerdo a los grandes cambios del nuevo orden económico internacional y finalmente, asegurar la estabilidad en el largo plazo de las transformaciones económicas y su aceptación a nivel social.

En el campo de los planes y políticas más recientes cabe destacar el diseño de planes de igualdad de oportunidades y de otros instrumentos para la puesta en marcha de políticas de género en varios países de América Latina. Este proceso se ha dado en gran medida gracias al desarrollo de los movimientos de mujeres y la presión concertada por sus demandas en varios países. Estos instrumentos han sido producto combinado de un proceso de consulta a especialistas y el análisis de la experiencia social de los movimientos de mujeres (*Guzmán y Ríos, 1955*) tanto regional como también europea, en especial la experiencia acumulada en España.

Sin embargo, aunque asistimos a la creación de una coyuntura especial para redefinir funciones de la gestión pública, existen dificultades importantes para la aceptación y ejecución de políticas de género, que tienen relación con las resistencias al cambio, con la multiplicidad de actores sociales y políticos involucrados, con los conflictos de intereses y con la diversidad institucional existente en cada país. En especial, con las resistencias ideológicas que frente al tema se han desarrollado desde fundamentalismos religiosos y políticos, entre otros factores.

Las tendencias económicas recientes no son alentadoras. Si bien se han modernizado algunos sectores productivos, permitiendo obtener ventajas comparativas para la exportación de nuevos bienes, la generación de empleos productivos no ha tenido el dinamismo suficiente para incorporar a la población en edad para trabajar. Los mercados de trabajo han aumentado su segmentación, las tasas de desempleo y subempleo son especialmente elevadas para las mujeres y los jóvenes. El crecimiento promedio regional del producto interno bruto para 1995 fue de apenas un 0,3% y representa una caída del 1,5% del producto por habitante, en relación con el año anterior. Un logro importante en la región fue la reducción de la inflación en casi todos los países, con lo que la tasa regional descendió desde 340% en 1994 a 25% en 1995. (*CEPAL 1996a*) Para 1996 el crecimiento alcanzó a 3,4%, la mitad de la meta propuesta por la CEPAL (*CEPAL 1996b*) como necesaria para combatir adecuadamente la pobreza.

Sin duda estos magros resultados también han repercutido en los montos del gasto social de los países, los que no han recuperado sus niveles previos a la crisis de la deuda. En la mayoría de éstos los niveles de gasto social mejoraron en relación con el

año 1990, en especial en educación y seguridad social, sin embargo, dos tercios de los países presentan niveles muy bajos de gasto en dólares per capita: destinan menos de 100 dólares anuales por persona en educación y salud (*CEPAL, 1996*).

¿SE CONCENTRA LA POBREZA EN LAS MUJERES?

El nuevo papel del Estado, la crisis de la deuda, los efectos de los programas de ajuste y la caída en el gasto social, han tenido consecuencias a largo plazo que se expresan en el plano social y de género, en creciente pobreza, desempleo estructural y coyuntural, concentrado en mujeres y jóvenes, y en el aumento de las ocupaciones precarias y atípicas, donde las mujeres se ubican en las áreas menos remuneradas de las cadenas productivas y de subcontratación. También se ha producido una disminución del empleo público que ha afectado diferencialmente a las mujeres, en su doble calidad de usuarias y empleadas del sector público.

La pobreza, con sus manifestaciones de bajos ingresos y de carencias en la satisfacción de necesidades básicas, constituye la forma extrema de exclusión de los individuos y las familias de los procesos productivos, de la integración social y del acceso de las oportunidades. Es pues una de las consecuencias más perversas de un modelo de desarrollo, cuyos frutos se distribuyen de manera inequitativa.

Desde la perspectiva de la exclusión social, las mujeres de América Latina continúan siendo pobres por razones de género, independientemente del estrato social al cual pertenezcan por su inserción familiar. Su papel en la sociedad les resta la posibilidad de acceder a la propiedad y el control de los recursos económicos. Su recurso económico fundamental es el trabajo remunerado, al cual acceden en condiciones de elevada desigualdad.

Las mujeres que viven en hogares pobres suelen ser aun más pobres que sus pares varones, especialmente cuando además son jefas de hogar. Deben realizar el trabajo doméstico, la crianza de los hijos y el cuidado de los enfermos junto con el trabajo remunerado. Todas estas labores realizadas en malas condiciones significan una gran cantidad de horas de trabajo y por lo tanto una mala cantidad de vida que se traduce en desgaste físico y mental.

Actualmente, se sostiene que la jefatura femenina en los hogares se está multiplicando a raíz de las tendencias económicas que obligan a las mujeres a buscar ingresos propios, al aumento de la pobreza y a tendencias demográficas y sociales, como migraciones, viudez, rupturas matrimoniales y fecundidad adolescente. (*Buvinic, 1991*) Pese a que los datos no son totalmente fiables, dadas las definiciones de jefatura femenina de censos y encuestas y debido a que la información estadística es incompleta, en América Latina al menos uno de cada cinco hogares urbanos está encabezado por una mujer (entre 20% y 30% de los hogares y en la región del Caribe esa magnitud llega a alrededor del 40% y más), lo que significa, en términos reales, la ausencia de una pareja estable. Este crecimiento fue muy fuerte en la década pasada y es probable que se mantenga y/o aumente, en la medida que los fenómenos que la originaron también se mantenen-

gan. (CEPAL, 1994, 1995 y 1996) (Véase Gráficos 1 y 2)

Estos hogares suelen estar constituidos, en una proporción importante, por mujeres solteras o separadas, por lo general jóvenes. Constituyen uno de los grupos más vulnerables de mujeres en la región por cuanto viven con mayores dificultades su maternidad. Entre ellas se destaca, a su vez, el grupo de las madres adolescentes en aumento, que, a la fragilidad de la jefatura del hogar, suman la extrema juventud y la pobreza (Buvinic y Rao Gupta, 1995). En países de transición demográfica avanzada, los hogares encabezados por viudas, especialmente en las zonas urbanas, es un fenómeno en aumento y que también debe considerarse adecuadamente en el diseño de las políticas sociales.

El modelo tradicional de familia sobre el que habitualmente se planifica, se considera constituido por un jefe de hogar proveedor, una mujer ama de casa que realiza el trabajo doméstico, y niños que según sus edades estaban en el sistema educativo o en el mercado de trabajo, hasta constituir sus nuevos núcleos familiares. Sin embargo, estudios actuales muestran que ese modelo familiar no es el mayoritario. Por ejemplo, en el caso chileno se encuentra en menos de la mitad de las familias: 33% (Bravo y Todaro, 1995) puesto que una proporción creciente de familias tienen a más de una persona como proveedor (CEPAL, 1995), en otras hay un único proveedor que es la mujer (Valenzuela, 1995), en tanto en casos extremos de familias indigentes los niños también trabajan de manera creciente en el mercado de trabajo. (Arriagada, 1996)

Entre los sectores de indigentes, hay una mayor representación de las mujeres jefas de hogar. Este sector de mujeres ha sido recientemente «descubierto» por las políticas públicas y existen en varios países programas especialmente dirigidos a ellas, que buscan reducir la magnitud de la indigencia sin modificar su condición de género y las consecuencias de extrema carga de trabajo y subordinación que acarrea su condición.

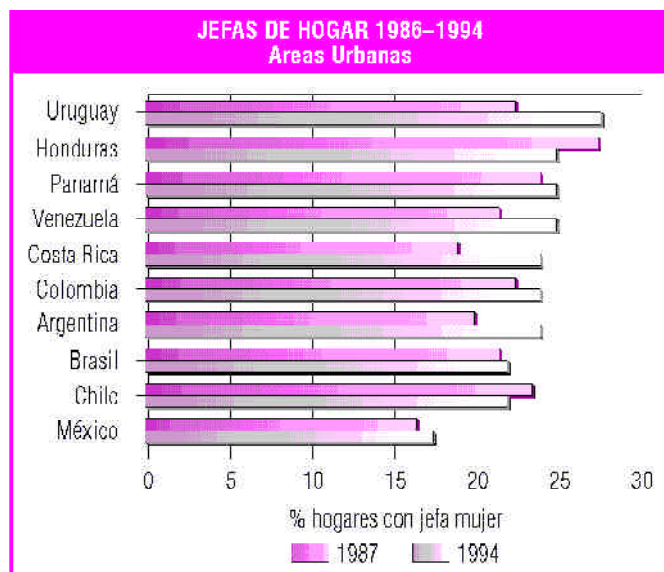
LA POBREZA Y LOS SESGOS DE GÉNERO

Aunque la medición de la pobreza por medio del método del ingreso familiar no permite determinar si hay mayor pobreza en las mujeres que en los hombres, es factible afirmar que hay sesgos de género en la pobreza, si analizamos los factores que la determinan. De esta forma, entre los principales factores se cuentan: número de aportantes del hogar, número de horas trabajadas, desempleo, ocupación e ingresos de los miembros del hogar. En el caso de las mujeres jefas de hogares indigentes la proporción de aportantes es menor.

Para 1994, se confirma que entre el 17% y el 27% de los hogares urbanos son de jefatura femenina y se mantiene entre los hogares en situación de indigencia una sobrerrepresentación de hogares de jefatura femenina (CEPAL, 1996) (Véase gráficos 1 y 2). También puede confirmarse la existencia de sesgos de género, especialmente entre los salarios por hora que reciben hombres y mujeres, en la magnitud de activos por hogar, en las tasas de desocupación y en el promedio de horas trabajadas (CEPAL, 1995). Sin embargo, no se puede confirmar para el conjunto de países que haya una evolución que tienda al aumento de la feminización de la pobreza puesto que pese a que la jefatura femenina aumentó entre 1980 y 1994, hay un mayor crecimiento de los hogares de jefatura femenina entre los que no son pobres que entre los hogares pobres. Independientemente de los reparos metodológicos en la manera de medir la jefatura femenina del hogar en las encuestas, la heterogeneidad en los hogares de jefatura femenina que este dato refleja, debe tenerse presente si se desea comprender las diversas condiciones de vida de las mujeres así como modificar situaciones de extremas carencias y desigualdades de género.

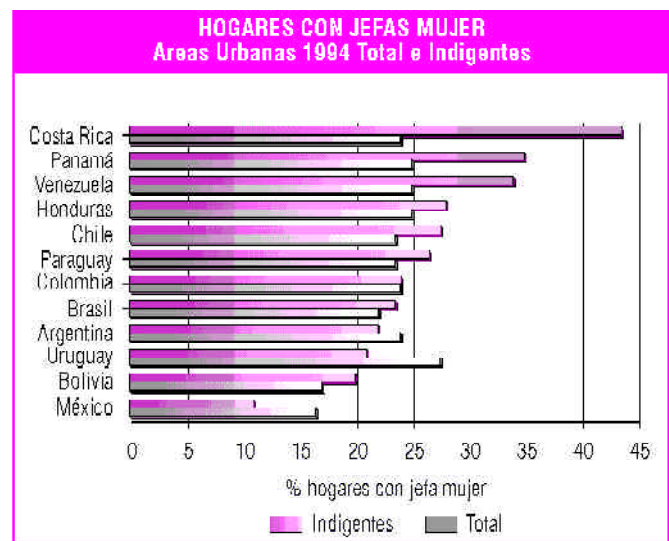
El aumento de los hogares con jefatura femenina en los sectores no pobres obedece a diversas situaciones como el aumento

GRÁFICO 1.



Fuente: CEPAL, Panorama Social, edición 1996.

GRÁFICO 2.



Fuente: CEPAL, Panorama Social, edición 1996.

de divorcios y separaciones, donde las mujeres no establecen nuevas parejas, incremento de las solteras que no se casan y también de las viudas que viven en forma independiente. Todas estas situaciones muestran nuevos patrones culturales que incrementan la diversidad de las situaciones familiares.

LOS CAMBIOS EN LA FAMILIA Y EL PAPEL DE LAS MUJERES

Con los procesos de modernización la familia no sólo se modificó en su estructura sino que también en sus funciones. Así, concentró las funciones afectivas y de cuidado y socialización temprana de los hijos, en tanto que otras funciones de tipo más instrumental, como la educación para el trabajo, la producción económica para el mercado, fueron derivadas hacia otras instancias sociales. Históricamente, las funciones económicas productivas familiares fueron perdiendo importancia frente a las modificaciones en la estructura productiva, de manera que cada vez más se distanció el hogar de la producción para el mercado.

En la actualidad, las tendencias del mercado de trabajo podrían revertir esta situación, en la medida que las nuevas formas de subcontratación y de trabajo domiciliario, en ciertos sectores de la economía (en Chile, por ejemplo, el sector de la confección), ha vuelto a ubicar a la mujer en el hogar ligando los trabajos productivos y reproductivos. Esta estrategia tiene un carácter distinto, en la medida que la producción se dirige hacia el mercado no sólo nacional sino transnacional y es resultado de un modelo económico que tiende a reducir al mínimo el costo de la mano de obra.

En América Latina la familia parecería evolucionar desde una situación «victoriana» hacia la situación donde el ámbito público se expande y el privado se reduce, lo que obedecería a sociedades modernas, más secularizadas y donde hay mayor exaltación de la igualdad y del individualismo. De esta forma, las líneas divisorias entre mundo público y mundo privado se han flexibilizado y su permanente cambio tiende, en lo que a la familia se refiere, hacia la ampliación del espacio público.

Las funciones más definitorias de la familia, como son las reproductivas y de regulación de la sexualidad, disminuyeron en la medida que tienen cada vez menos hijos (y hay un creciente número de hijos que nacen fuera del matrimonio y sus padres no se constituyen en familia) y la actividad sexual se ejerce también y crecientemente fuera del matrimonio.

De manera que numerosas funciones de la familia que antes se efectuaban en el hogar pasaron a ser ejecutadas fuera de este ámbito, produciéndose una inversión de la magnitud de tiempo que las personas permanecen en ellos, así como una modificación en las formas de percibir la familia y sus funciones.

Actualmente asistimos a un proceso de cambio en el sistema de género: se tiende a flexibilizar los roles familiares desde un modelo altamente segregado, como en el modelo tradicional, hacia

roles compartidos, donde la participación en el mercado de trabajo de mujeres y hombres ya no se discute, pero se negocian diversos arreglos para el cuidado de los niños y el trabajo doméstico.

El mayor punto de visibilidad y que inició el quiebre del modelo tradicional fue la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo (que continuará en el futuro), las que hasta ahora en gran parte de los casos, no rompieron con el modelo tradicional y desarrollan una doble jornada. En otros grupos se inició un lento y dificultoso proceso de negociación al interior de la pareja para desarrollar un modelo nuevo de responsabilidades compartidas en el hogar. Algunos estudios indican que las tareas donde hay menor resistencia para compartir son las del cuidado y atención de los hijos, no así en el trabajo doméstico (*Sharim, 1995*). Este sería sin duda, uno de los aspectos que diferencian las nuevas de las viejas generaciones.

EL ACCESO AL CONOCIMIENTO

La situación en relación con el acceso al conocimiento es muy diversa en América Latina y es dable encontrar países donde se encuentran altos niveles educativos de su población junto con otros que no han logrado una mínima cobertura educacional y donde el 47% de las mujeres son analfabetas como es el caso de Guatemala.² Hacia los noventa se advertía un mejoramiento importante en el acceso de las mujeres a los distintos niveles educativos y aproximadamente el 48% de los matriculados en la enseñanza superior son mujeres. Esta mejoría se reflejará con posterioridad en los mercados de trabajo, dada las altas tasas de participación de las mujeres con niveles educativos universitarios. También se avanza –aunque en menor grado– en disminuir la segmentación por áreas educativas, apreciándose cierto aumento de matrícula femenina en carreras habitualmente masculinas de la educación superior.

En este como en otros temas, una mirada generacional es siempre oportuna. Se asiste a una tendencia en el plano educacional que muestra que las jóvenes están ganando un fuerte espacio en los niveles básicos y medios de instrucción, donde en varios países están sobrepasando el nivel alcanzado por los varones, en tanto en las generaciones adultas muestran niveles de analfabetismo y menor nivel de instrucción. En varios países de la región las mujeres en los años noventa son mayoría entre los matriculados en la educación universitaria (Panamá, Cuba, Colombia, Uruguay y Venezuela).

LA CRECIENTE PARTICIPACIÓN ECONÓMICA FEMENINA

Para el conjunto de América Latina la gran mayoría de los nuevos puestos de trabajo generados en los últimos años ha sido en sectores de menor productividad: las pequeñas y microem-

² Cuba, Uruguay, Argentina, Colombia, Panamá y otros tienen una población femenina con niveles de escolaridad altos, en tanto Haití, Honduras, El Salvador y Nicaragua presentan altas tasas de analfabetismo femenino según datos de FLACSO (1995).

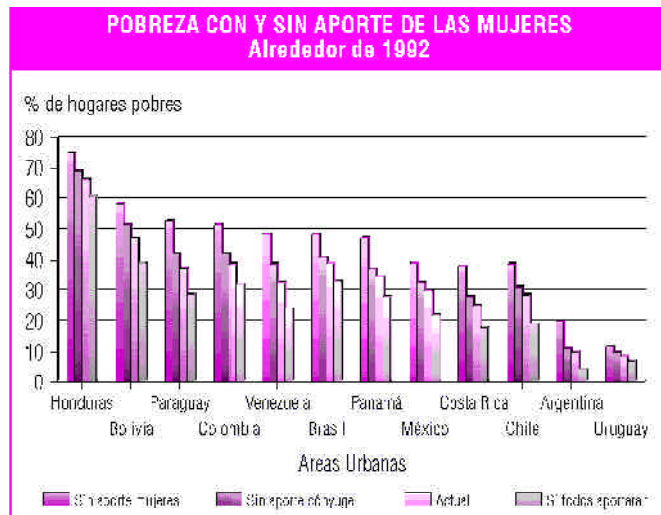
presas y el trabajo por cuenta propia no profesional.

El crecimiento del empleo femenino se encuentra entre estos grupos y superó ampliamente el crecimiento del empleo masculino. De esta forma, entre principios de los ochenta y mitad de los noventa, las tasas de actividad urbanas masculinas se mantuvieron en alrededor del 78%, sin embargo, las tasas de actividad femenina crecieron de 37% a 45%. Este aumento se ha producido principalmente entre las mujeres de 25 y 49 años, es decir, aquellas sobre las cuales recaen con mayor fuerza las tareas reproductivas. (Véase Arriagada, 1994)

El crecimiento económico ha impulsado la demanda de empleo femenino en las áreas estructuradas de los sectores comercio y servicios. Dependiendo de los niveles educativos, y especialmente de las profesionales más jóvenes, se han ido insertando en las áreas más modernas de esos sectores con ingresos relativamente elevados, pero siempre inferiores a los correspondientes a los varones con similar calificación. El mercado de trabajo de profesionales continúa siendo segregado por género, en parte como consecuencia de la segregación en la educación y capacitación y también por las aún vigentes pautas culturales sobre el papel de la mujer en la sociedad. Para la mayoría de los países se observa una mayor discriminación de ingresos en contra de las mujeres a medida que se avanza en los niveles educativos. Persisten también prácticas discriminatorias de contratación (abiertas y sutiles) dificultades en el acceso a la capacitación, el ascenso y la movilidad tanto horizontal como vertical.

Pese a ello, una elevada proporción de las mujeres con niveles educativos altos participa en el mercado laboral, aportando con su trabajo a la generación de bienes y servicios; y proporcionando ingresos indispensables para su grupo familiar, tanto para satisfacer las crecientes necesidades de consumo que impone el modelo económico, como para financiar el encarecimiento de los servicios de salud y educación resultado de los procesos de privatización de esos servicios en los países de la región.

GRÁFICO 3.



Fuente: CEPAL, Panorama Social, edición 1995.

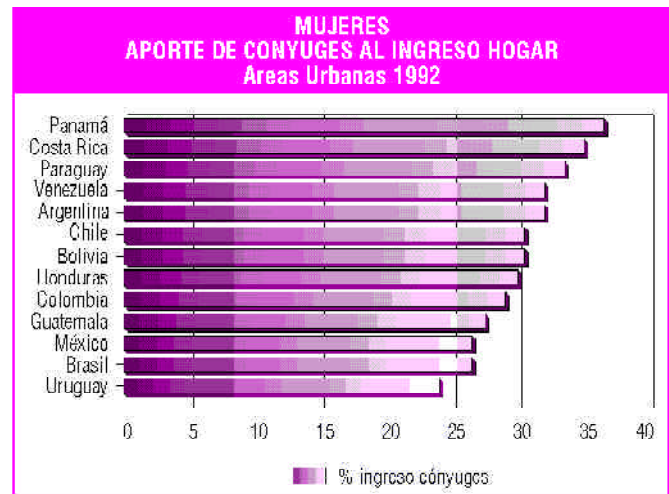
LOS INGRESOS DE LAS MUJERES AL HOGAR

En la medida que un mayor número de mujeres viven solas o son jefas de hogar con dependiente, la responsabilidad por su sobrevivencia y la de su familia ha aumentado durante los últimos veinte años. A menudo, la maternidad adolescente no es apoyada por la pareja y los adultos mayores no son cuidados por sus hijos varones—tendencias que aumentan la carga femenina. Aunque las mujeres vivan con pareja, el ingreso masculino obtenido es a veces tan insuficiente que las mujeres y los niños deben asumir la doble carga del trabajo doméstico y el trabajo fuera del hogar para suplir el presupuesto familiar. Un estudio en México detectó que el 17,1% de los hogares, independientemente del sexo del jefe del hogar, mostraban un ingreso exclusivamente femenino o predominantemente femenino. (Rubalcava, 1996)

En el Panorama Social de la CEPAL de 1995 se realizó un ejercicio de simulación para establecer cuánto crecería la pobreza si las mujeres no aportaran al hogar. Los resultados son decisivos: sin el ingreso de las mujeres que son cónyuges, la pobreza del hogar aumentaría entre 10% a 20% (Véase Gráfico 3). Para el conjunto de los hogares las mujeres que son cónyuges aportan alrededor del 30% de los ingresos con variaciones según los países. Las mujeres en el año 1992 aportaron entre 23% y 36% de los ingresos del hogar, en los hogares indigentes los aportes económicos de las mujeres al hogar fueron mayores (Véase gráfico 4).

Estudios de casos muestran que los ingresos económicos de las mujeres de sectores más pobres —a diferencia del de los hombres— se distribuyen de manera más equitativa entre los miembros del hogar y se destinan en su totalidad al consumo de éste. (Buvinic, 1997), lo que confirma la importancia del aporte de los ingresos de las mujeres a sus hogares.

GRÁFICO 4.



Fuente: CEPAL, Panorama Social, edición 1995.

LOS APORTES DEL TRABAJO DOMÉSTICO

Todas las sociedades asignan a las mujeres la reproducción cotidiana que se ejecuta por medio del trabajo doméstico. Este se hace en forma aislada y parcelada en cada hogar, su valor económico no es reconocido y se distribuye en forma desigual según el nivel de desarrollo de cada país, clases sociales, ciclos de vida familiar, áreas geográficas. El PNUD calculó que en países en desarrollo el 66% del trabajo de las mujeres se encuentra fuera del sistema de cuentas nacionales (SNC) por lo que no se contabiliza, no se reconoce ni se valora (PNUD, 1995). Este mayor esfuerzo realizado por las mujeres se expresa en un mayor número de horas ocupadas en desempeñar su trabajo en el mercado y el trabajo doméstico.

Los sistemas de apoyo institucional para el cuidado de los niños y para la atención de ancianos son casi inexistentes. Las salas cunas y la educación preescolar son de baja cobertura y en especial para quienes más lo necesitan: las mujeres pobres y que trabajan fuera del hogar. De la misma forma, la preocupación por el cuidado de los ancianos y los inválidos recae sobre sus familias, es decir, sobre las mujeres, existiendo muy pocos mecanismos de apoyo, los que son de alto costo por su carácter privado. Para América Latina la atención preprimaria a niños entre 0 a 5 años alcanzaba a 7,8% en 1980 y se duplica a 16,8% en 1991 y en la mayoría de los casos se concentraba en el sector privado y en las áreas urbanas. En algunos casos se ha logrado aumentar la cobertura y en otros se ha intentado legislar para dar obligatoriedad a la educación preescolar, sin embargo, en la mayoría de los países de la región queda mucho por hacer en este tipo de acciones. La preocupación por la población mayor es aún menos explícita pese a que en varios países de la región, la población mayor está creciendo de manera importante.

Se requiere ampliar no sólo el apoyo que las instituciones sociales puedan hacer a la familia sino que también debe modificarse la participación de los demás miembros del hogar al interior de ésta, de manera de equilibrar de mejor forma los roles de género en la reproducción social.

En síntesis, los cambios culturales propios para modificar las percepciones respecto de las funciones y estructuras de las familias y sus interrelaciones con la economía, así como las modificaciones en las estructuras de género seguirán siendo una tarea pendiente para el siglo XXI. Es de esperar que el nuevo siglo equilibre mejor los aportes y carencias de hombres y mujeres, modificando de manera positiva sus roles en el ámbito social y político como laboral y familiar. La capacidad organizativa y propositiva de las mujeres podrían ser las dimensiones claves para acelerar este proceso.

BIBLIOGRAFÍA

- Arriagada, Irma (1996) «Infancia trabajadora y políticas: una prioridad social». Presentación en la *IV Reunión de la Comisión Interparlamentaria Latinoamericana de Derechos Humanos*, Concepción, Chile, 31 mayo–1 junio 1996.
- (1994) «Transformaciones del trabajo femenino urbano». En *Revista de CEPAL*, No. 53, Santiago de Chile, agosto.
- Bravo, Rosa y Todaro, Rosalba (1995) «Las familias en Chile: una perspectiva económica de género» en *Proposiciones 20* (Aproximaciones a la Familia), Ediciones SUR, Santiago de Chile.
- Buvinic, Mayra y Geeta Rao Gupta (1995) «Woman-Headed Households and Woman-Maintained Families: Are they Worth Targeting to Reduce Poverty in Developing Countries?» en *Economic Development and Cultural Change*, editado por el International Center for Research on Women (ICWR), Washington, U.S.A.
- Buvinic, Mayra (1991) «La vulnerabilidad de los hogares de jefatura femenina: preguntas y opciones de política para América Latina y el Caribe» *CEPAL, Serie Mujer y Desarrollo*, Santiago de Chile.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1996) *Panorama Social de América Latina, edición 1996. (LC/G.1946-P)*, en prensa, Santiago de Chile.
- (1996a) *Panorama Económico de América Latina 1996. (LC/G.1937-P)* Santiago de Chile, setiembre.
- (1996b) *Fortalecer el desarrollo, Interacciones entre macro y microeconomía, (LC/G.1898 (SES26/3))* marzo.
- (1995) *Panorama Social de América Latina, Edición 1995 (LC/G.1886-P)*, Santiago de Chile.
- (1994) *Panorama Social de América Latina Edición 1994. (LC/G.1844)* Santiago de Chile.
- Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) e Instituto de la Mujer de España (1995) *Mujeres Latinoamericanas en cifras, Tomo Comparativo*, Santiago de Chile.
- Guzmán, Virginia y Marcel Ríos (1995) *Informe sobre Desarrollo Humano, 1995*, México.
- Ruvalcaba, Rosa María (1996) «Hogares con primacía de ingreso femenino» en *Hogares, familias: desigualdad, conflicto, redes solidarias y parentelas*, editado por la Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE), México D.F.
- Sharim, Daniela (1995), «Responsabilidades familiares compartidas: Sistematización y análisis», en *Documentos de Trabajo No. 41*, editado por el Departamento de Estudios Área Familia del Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM), Santiago de Chile.
- Valenzuela, María Elena (1995), «Hogares con jefatura femenina: una realidad invisible», en *Proposiciones 20* Aproximaciones a la Familia, Ediciones SUR, Santiago de Chile.